

nuestro tiempo, adquiere aquí una dimensión patética que, incluso, parece simbolizar la tragedia personal padecida por tantos individuos de esa generación "perdida".

Un libro, en síntesis, que no afectará mayormente la reputación del escritor desaparecido, pero que sí, mirado en su perspectiva correcta, añade un elemento que faltaba a la producción novelesca de Hemingway: el conocimiento del hombre en cuyo seno se gestó la obra de arte.

ARTURO TIENKEN.

<https://doi.org/10.29393/At412-54FAVM10054>

*Una flecha en el aire*, de ARTURO ALDUNATE PHILLIPS.

Editora Zig-Zag, 1966

Los progresos científicos han creado un original humanismo, incitan a ver las realidades desde un ángulo esencialmente matemático, preciso, rítmico, en cuyos dominios la eterna belleza del mundo adquiere formas singulares, nunca imaginadas.

Arturo Aldunate Phillips, de una manera sencilla, con máximo rigor científico, escribe en torno a una serie de problemas de nuestra era atómica. Lo hace con admiración, sin copar los temas, porque los hontanares de la ciencia renuevan su borboteo, porque las hipótesis, en cada fracción de tiempo, amplían su base, muestran profundidades insólitas, inesperadas.

Ha escrito un libro de interesantes planeamientos: Antiuniverso y Antimateria, Máquinas inteligentes, Nuevos inmortales, Albert Einstein, hombre y filósofo, Ignacio Domeyko, Andrés Antonio de Gorbea. Como título general, *Una flecha en el aire*, denominación del ensayo que obtuvo el primer premio del Concurso COPEC.

Dice el ensayista: "Las matemáticas constituyen la malla de oro sobre la cual la ciencia, la filosofía y las artes tejen sus primores". Sin duda, a esos rigores se unen la intuición y los vuelos imaginativos. Entonces se produce la exacta anticipación del porvenir, un proceso de adivinaciones, un estar en permanente situación expectante.

En el ensayo titulado *Una flecha en el aire* el ensayista, con sus reteles científicos, con sus armonías de número y línea, se aproxima a los recintos de la belleza, a los cánones de una proporción áurea, que se hace verdad geométrica en varias construcciones de la naturaleza. En estas páginas se enlazan las riberas de la ciencia y de la filosofía existencial.

Serios problemas de índole filosófica se plantean en este ensayo. Supone algo así como enfrentar las posiciones racionalistas y espiritualistas. Escribe Aldunate Phillips: "La afirmación de que todo lo que deviene está sujeto a estrictas leyes de comportamiento ha sido, aparentemente, agrietada con los planteamientos de Heisenberg y su principio de la incertidumbre. El altísimo matemático y físico, absorto e influenciado por su propio descubrimiento, llegó a decir frente a las paradojas de la física

atómica que, para resolverlas, "debería renunciarse a viejas y acariciadas ideas como la de causalidad".

El ensayista, lanza su concepción polémica, y asegura que "empieza a dibujarse en los conjuntos caóticos un determinismo integral en el cual aparece aún más destacada la ordenación universal".

Quizás las investigaciones científicas suministren los datos para ordenar la ecuación cuya incógnita nos entregue una solución verídica, de validez eterna. ¡Entretanto...!

"Antiuniverso y Antimateria" es un bosquejo, no exento de posibilidad, que nos lleva a imaginar un origen de la energía, de esa fuerza que sesteá en todos los seres y que tiene, en su entraña, el misterio del origen del mundo.

El descubrimiento de las "antipartículas" ha hecho pensar en un mundo al revés, reflejado en un espejo, habitado por un antihombre, dueño de unos pensamientos formulados en términos contrarios a los nuestros.

Como al pasar, el ensayista se refiere a las ecuaciones relativistas de Dirac, en las que aparecen soluciones que señalaron la existencia de esas "antipartículas", signo de un mundo original, ahora centrado en los "quasars" y que huye de nuestra Tierra a velocidades vertiginosas.

En estas páginas, las fantasías se anudan con los datos científicos. En ello radica su mérito, su gracia literaria.

A propósito de la revolución cibernética, escribe acerca de las "máquinas inteligentes". Surge la silueta del doctor Wiener. Se analizan ciertos aspectos de la compleja "teoría de la información". Y como final de ruta, unas preguntas todavía no contestadas por el hombre actual.

"¿Es legítima la influencia cada día más extendida de la cibernética sobre el desarrollo de nuestra civilización?".

"¿Ayudará al hombre en la búsqueda de la felicidad?". "¿Es la nueva ciencia la llave maestra que nos dará acceso a una realidad profunda y nos revelará posibilidades hasta ahora desconocidas?".

El ser humano se mueve entre aproximaciones. Todas las contestaciones que plantean los grandes problemas deben ser cautas. Por eso, el autor de estos ensayos anota: "No parece existir base alguna para pensar, partiendo de las abstracciones presentadas por Wiener, ni en máquinas capaces de crear otra máquina, ni mucho menos que ellas, a través de su actividad e inventiva, puedan construir otras máquinas más avanzadas que las concebidas por la inteligencia humana. Un empleo adecuado de su genio creador puede permitir a nuestra especie progresar hasta límites situados más allá del sueño".

Cabría formular otra pregunta de gran tonelaje. ¿Hasta dónde llegan los sueños de los seres humanos? Aldunate Phillips se refugia en la idea de Dios. Diríase presto a cruzar las fronteras de lo abstracto y metafísico. Ahí se detiene.

La nota viva, el rasgo de humanismo, está dado en las figuras de Einstein, Doneyko y Gorcea.

"Nunca se aprende bastante el oficio de ser hombre", expresa el viejo apotegma delfico. Entraña severos compromisos.

¿Cómo se forja el ser humano? ¿Qué clase de compromisos tiene el hombre en su estar en la Tierra?

Hay que leer con pausa este libro. Es necesario divulgar la ciencia, lo que no supone hacerla vulgar.

VICENTE MENGOD.

*L'Adoration*, de JACQUES BOREL, N. R. F., París, 1965

El autor ha seleccionado infinitas escenas del recuerdo. En su memoria, la fluencia temporal sufrió cortes involuntarios, olvidos que se recuperan en virtud de un trabajo discursivo. Los hilos conductores se afirman, dibujan los realces de la trama sólida.

Hay puntos de contacto entre Borel y Proust. Pero al mismo tiempo, entre ambos, se marcan notables diferencias. Proust es lírico, metódico, tiene el don de la insistencia, el propósito de fundir en una línea, en una frase musical bella, gran parte de los recuerdos que recupera del olvido.

Jacques Borel analiza cada uno de los hechos, profundiza hasta las raíces, quiere agotar las vivencias, dejarlas limpias de escoria. De ahí su tremenda sinceridad, su posición filosófica de sesgo cartesiano. Mucho le ayuda el idioma francés, tan adecuado para atomizar las emociones.

¿Qué se dice en este libro de seiscientos treinta páginas?

La historia sugerida de un padre, la formación de un hombre, el claroscuro de unos tipos femeninos, la presencia de un paisaje que se hace estado de alma, que ondula y tiene la gracia majestuosa de un silencio hablado.

Como interpolaciones, un aluvión de realidades, amores líricos y viscerales, la piedrecilla que dibuja círculos concéntricos en las claras y turbias aguas de la vida.

Después, los horizontes abiertos, un volver hacia el punto de partida, porque la experiencia del ser humano es memoria y duración, recuerdo del primer juguete y análisis de los golpes contra la inflexible y hosca realidad.

Los relatos autobiográficos, como *L'Adoration*, tienen el mérito de colocar en la misma escena a personajes secundarios. Cuando esas criaturas sufren el asedio analítico pueden deshacerse o desdoblarse.

En ese momento interviene el talento narrativo del autor. Y la obra se salva o se convierte en una biografía más, sin transcendencia.

Jacques Borel tiene un tacto exquisito. Llega un momento en que las voces de los personajes son propias, inconfundibles, necesarias, y cada una, con su modulación, levanta el friso de tantos recuerdos, de tantas cosas mínimas que se encauzan para modelar la silueta de una mujer, de una madre. Pero no se crea que semejante pedestal es de nobles metales,